BIBLIOTECA NACIONAL
DONACION
De: JGMariño
Fecha: 22 FEB 20

Rosas, como todos los dictadores, necesitó de un escriba. Los caudillos de provincia de esa época tenían furrieles, o figuras de menor cuantía. Rosas, en cambio, contó con un intelectual europeo de primer nivel: Pedro de Angelis. Napolitano, con un hermano cardenal, había sido maestro de los hijos del mariscal napoleónico, Joaquín Murat. Situándolo hacia 1840, David Viñas propone un análisis de las tácticas y humillaciones de un paradigma de escritor cortesano en este país. Este suplemento, que busca descifrar una imagen secreta y actual de la historia de la literatura argentina, se completa con algunos fragmentos de la correspondencia de De Angelis, una bibliografía sobre él y, en la contratapa, la visión sobre este personaje dada por el historiador inglés John Lynch en su ensayo sobre el rosismo.

Pedro de Angelis:

EL INTELECTUAL BUROCRATA

Por David Viñas

"Entre esos industriales, artistas o sabios había uno de origen italiano, napolitano por añadidura, hombre incuestionablemente ilustrado, lleno de seducciones amables y de gracia, que había sido ayo de los hijos de Murat, que estaba casado con una mujer interesantísima por su belleza y distinción, de origen ruso, que hablaba el francés como una rusa, que es cuanto se puede decir, y que completaba el cuadro de la casa, de la situación, de la influencia y de la autoridad que en materias de trascendencia y en otros detalles de la cultura moderna debía necesariamente tener el personaje importado a quien me refiero, que era, ni más ni menos, que el señor don Pedro de Angelis, a quienes ustedes conocen de reputación."

Lucio V. Mansilla, Entre-nos, 1890

El verdugo, en las ciudades clásicas, ocupaba el extremo opuesto al del príncipe. Y si entre ambos se establecía una separación mística o administrativa adjudicándosele al primero los símbolos del infierno, mal, torturas y condenas, al segundo se le asignaban los emblemas casi divinos de los premios, prestigios y jerarquías. Contrapuestos, sólo en apariencia excluyentes, en realidad se presuponían de manera tan ineludible que más que en confabulación funcionaban en comandita. De ahí que el patíbulo y el trono, espacialmente separados y antagónicos hasta en su secreto o en sus exhibiciones, terminaban por coincidir en la misma divisa del escudo urbano: como poder bilingüe encabalgado entre la intimidación y la sacralidad de la norma.

Algo análogo ocurría con el escriba del príncipe; y si sus funciones no eran tan vehementes, esporádicas o espectaculares como las del verdugo, la intimidad pero sobre todo las delegaciones de que gozaba junto al Poder provocaban un rencor tan sordo como generalizado que solía estallar en los momentos de crisis. Podría aludir, en este orden de cosas, a los judíos renegados que intervenían en calidad de escribientes contiguos a los príncipes en la Alemania barroca del siglo XVII; incluso por sus rasgos de "extranjeros" y *plebeyos* protegidos por un Poder al que servían con puntualidad y hasta con fervor y del que fueron recibiendo los privilegios de su estatus. Pero prefiero marcar un corte. Salir de las genealogías y acercarme a una franja próxima y más tensa. "Lo arqueológico siempre resultó frío, codificado y casi transparente; la historia próxima, más caliente, dramatiza y complica." Aludiría así a las ambiguas relaciones que se establecieron entre intelectuales como Céline o Drieu al servicio de poderes despóticos en la Francia ocupada en 1941, o Ezra Pound respecto de Mussolini; para no abundar en torno a las confusas adhesiones de Heidegger o Gentile. Porque si fascinación y justificaciones parecen recortarse, en lo esencial, como los términos más evidentes de un intercambio, ese correlato que en su apogeo se resuelve como consagración del intelectual/apología del Poder, en los momentos de caída se invierten inexorablemente en juicio sumario/excusas y redenciones. Podría ampliar, quizá, esta ecuación para que aquel corte específico termine de sacarnos de la arqueología situándonos, concretamente, en dirección a la Argentina de 1930, Uriburu, los Lugones padre e hijo. O más cerca aún, frente a los funcionarios secretos de ESMA o La Perla en la ecuación Poder militar/verdugos. Pero, sobre todo, en la obscena dialéctica que se ejecutó entre Videla, Massera o Galtieri y varios intelectuales que funcionaron como escribas del autoritarismo de nuestro país entre el 76 y el 83.

Desde ya que en esa tipología habría que agregar las figuras del censor, el espía y los delatores. "Bestiario casi gótico." Aunque en la Argentina que se desmoronó en las Malvinas solían superponerse tangencialmente con la del *intelectual burócrata*. Y si los primeros, de manera equívoca aunque notoria, fueron sometidos a proceso, los segundos, pese a denuncias y testimonios, lograron que sus responsabilidades se fueran diluyendo. Apenas si de alguno de ellos queda un apodo, varias anécdotas rencorosas, cierto olvido ineludible, condescendiente o borrosos desabrimientos.

Entre Lugones, Rosas y el emperador

"...el Señor De Angelis, quien me comunica que se dirige a Buenos Aires, a ocupar el cargo que le habéis confiado, de primer redactor de un diario político y literario."

Antoine Destutt de Tracy a Rivadavia, París, 12-IX-1826

Con Pedro de Angelis (1784-1859), el más célebre de los intelectuales burócratas del rosismo, casi un mito, caricatura o paradigma, sucede algo parecido: si hasta Caseros participó en una rutina mezclada de cortesanía —en la medida que las costumbres más rígidas se atenuaban mediante lo paternalista y ceremonial—, después de 1852 emigró a Montevideo, furtivo y veloz, junto a otros jerarcas de la dictadura eludiendo las penas que los verdugos más famosos como Cuitiño o Alén padecieron en la plaza. Las sanciones al chivo emisario pudieron evitarse así de manera sigilosa y bastante similar a la de su jefe aunque sin lograr el oportuno deslizamiento de los cortesanos al estilo de los Torres, Portela, Elizalde y demás, magnos empresarios similares en su transformismo, prohijado por los nuevos amos, a la *actualización de divisas* de otros patronos cómplices, de dimensión mundial pero de perfiles análogos, como los Thyssen o los Krupp.

Es que en el itinerario de los intelectuales-burócratas de la Argentina en su relación con el Poder, De Angelis se diferencia de otro paradigma, el Lugones de 1930. En realidad, son dos modelos antitéticos: el cordobés es frontal, el napolitano sinuoso; Lugones, pese a su divertida pasión por los diminutivos, siempre se desinteresó de la ironía; De Angelis, en cambio, necesitó refinarla tanto que él mismo fue su destinatario principal. Y si el zigzagueo pertinente requiere un ritmo, reverencias, esmeros y tratamientos que suelen fatigar, el autor de *La patria fuerte* cree que Uriburu, categórico, viene a materializar sus profecías enunciadas, por lo menos, desde 1919. De Angelis no prenuncia a Rosas, apenas si se le fue acercando a partir de su servicial *Ensayo histórico sobre la vida de Don Juan Manuel de Rosas*. La fecha de publicación resulta iluminadora: 1830. Justo en la bisagra que va de Rivadavia hacia el nuevo príncipe. No profeta, entonces, ni por ecléctico, ni por sus ademanes, ni por su andadura de paquidermo, ni por la entonación de su voz sin crispaciones. Menos por su mordacidad mucho más cómplice que insolente. Y su sitio preferido nada tiene que ver con atalayas, trascendencias, torres o pronósticos; "antecámaras", *camariere* y camarlengos diseñan sus escenarios predilectos. Cauteloso, se distancia de las calumnias; no obstante, siempre lo regocijaron las habladurías. De Angelis era culto, culterano si se quiere y se limitó a cultivar su jardín; Lugones siempre se pensó a sí mismo como objeto de culto. Por algo el de 1930 terminó en suicida y el de Caseros en sobreviviente. En otra circunstancia, esas dos maneras de ser hubieran condicionado las actitudes de un heresiarca o las condescendencias de una moral relajada. Uno de sus ejes: De Angelis fue un *oficialista de profesión* para el que los sucesivos príncipes no eran más que inflexiones o emanación de un Poder permanente; tanto es así que, después de Rosas, aspiró a prolongar su oficio, obstinadamente humillado, cerca de Urquiza primero, más adelante en el Paraguay —en las proximidades del primer López—, hasta ofertarse, al filo de un patetismo desolador, más o menos arrimado al emperador del Brasil. Este hubiera sido su ide-



EL INTELECTUAL BUROCRATA



al: un príncipe legítimo, barbado como los Ausburgo, erudito y sensible a la botánica, a los argumentos, las salsas y las ediciones en tafilete marrón.

Hacia Paul Groussac, Sarmiento y las mujeres

"...este hombre esparce por todas partes y entre toda clase de gentes que él no hace sino poner lo que le manda poner el gobierno que lo paga."

Carta de Manuel J. García a Rosas, 25-VI-1830

Por esas razones, más cerca de Groussac se sitúa De Angelis: no sólo por su *extranjería* que condiciona, de ida y vuelta, tanto sus marcadas diferencias respecto de la comunidad global como su singular dependencia en relación al jefe sino, precisamente, por su ironía: al comentar las *distancias* que debe marcar en lo cotidiano de Buenos Aires, áridamente monótono y sin demasiados estímulos, suele trocarse en estrategias de sobrevivencia, en insólitas purgaciones clandestinas o en cinismo en las situaciones límite. Más que coherente resulta en este sentido la polémica del napolitano con Echeverría: provocada por Rosas que siempre lo consideró su vocero pero jamás su lugarteniente, De Angelis le reprocha al autor de *La cautiva* "estar trastornado por los delirios de Fourier, Considérant y Saint-Simon". Obviamente, se trataba de una reproducción local de la disputa entre un prolijo racionalista del siglo XVIII enfrentado a un romántico del XIX; minucias y epigramas discutiendo con los arrebatos de un dandismo que aún oscilaba entre el monóculo y la guitarra. Ante semejante controversia, Groussac lateral e insidioso pero, de hecho, en coincidencia con De Angelis se limitó a sentenciar hacia 1890: "Si se quitara del *Dogma* todo lo que pertenece a Lamennais, Leroux, Lerminier, Mazzini y tutti quanti sólo quedarían las alusiones locales y los solecismos".

Por cierto que más abajo de la polémica entre De Angelis/Echeverría, entre la reticente mesura cancilleresca y lo utópico, quien vibra de manera agresiva es Sarmiento: el plebeyo sanjuanino, en su momento más lúcido tensado entre el *Facundo*, sus *Viajes* a lo Melville con islas, canoas, versículos y ballenas, *Recuerdos de provincia*, *Argirópolis* y la *Campaña en el ejército grande*, condensa un drama "generacional" al reproducir semejante debate frente al venezolano Bello; otro intelectual burócrata extranjero, pero matizado por su ciudadanía legalizada, sus *Códigos*, su sabio manejo de las distancias y, sobre todo, por su gramática inexpugnable. No se me olvida: y su consiguiente jerarquía en una corte escrupulosamente conservadora instaurada por Portales, fortalecida por el general Bulnes y por las astucias de Montt. En el mapa más amplio de América latina, entonces, entre el volterianismo atenuado del italiano De Angelis y el ímpetu balzaciano de Sarmiento se insinúa, como envés y rezago, el paradójico conflicto entre un neoclásico al servicio de la *barbarie* rosista y lo "amontonerado" de alguien que, en estricta observancia liberal decidirá, con el tiempo, la ejecución del Chacho.

Pero, De Angelis y Groussac. Dos intelectuales extranjeros al servicio del poder en la Argentina: el napolitano, comprometido aun a disgusto con el titanismo rosista; en colaboración más fluida el francés en torno a la modernidad del roquismo. Sus "extranjerías", por lo tanto, deben matizarse: el napolitano llega al Río de la Plata en 1826 contratado por Rivadavia; su clasicismo dieciochesco se empalma holgadamente, pese a algún puerto en declive, con las maneras neoborbónicas que predominan en el Buenos Aires de ese año unitario. Y hasta con ensayos de malicia: venía de París y de Rusia, pero después de haber sido el preceptor de los hijos de Murat, rey de Nápoles. Y allí sí que la ecuación intelectual/Príncipe reproducía al máximo el modelo de avidez ascensional dibujado por el Stendhal de *Rojo y negro:* sobre todo si se recuperan las veleidades de artillero con las que coqueteaba De Angelis y la presencia, lejana, de su hermano cardenal. Groussac, en cambio, llegó a la Argentina al garete, sin contrato, padrinos, pálpitos ni demasiadas convicciones; "francés hecho para vivir en Francia", con su soberbia desproporcionada y cierta injuria lamentable, excesivamente espontánea, carente de "los prestigios y las cortesanías" del napolitano, tuvo que padecer su aprendizaje semicolonial entre ovejeros, provocaciones, carretas y tucumanos.

Por ahí reside una clave. Presumo. Porque si Grousac se casó con una provinciana, aquerenciándose definitiva, desabridamente, De Angelis llegó a Buenos Aires con su mujer: demasiado llamativa en su presencia pese a sus devociones pedagógicas. "Castamente celebrada" por varios leones del *entourage* de Rosas; y aunque leal y hasta huraña se dedica a aconsejar como asesora al resto de las damas de la Federación (algunas muy "rústicas" como pérfidamente se recuerda en *Amalia* y, con más detalle, a través de la correspondencia de la Sánchez de Thompson), se convierte en un eje de tormentos. "Sobretendidos." Porque pese a la impasibilidad del señor de Palermo, fugazmente se insinúan connivencias, rozamientos, intrigas y miradas. Incluso, como puede inferirse de la *causerie* de Mansilla, la propuesta de enterrar wagnerianamente a doña Encarnación si se comentó como propuesta de don Pedro, sólo fue recogida a partir de una insinuación de su mujer. Sin embargo ya se sabía de memoria que si "en la corte pampeana el descaro se practicaba con los enemigos o con las chinitas, el disimulo resultaba sigiloso e indiscutible cuando se trataba del cónsul francés, los residentes británicos o de la mujer de un alto funcionario incuestionable".

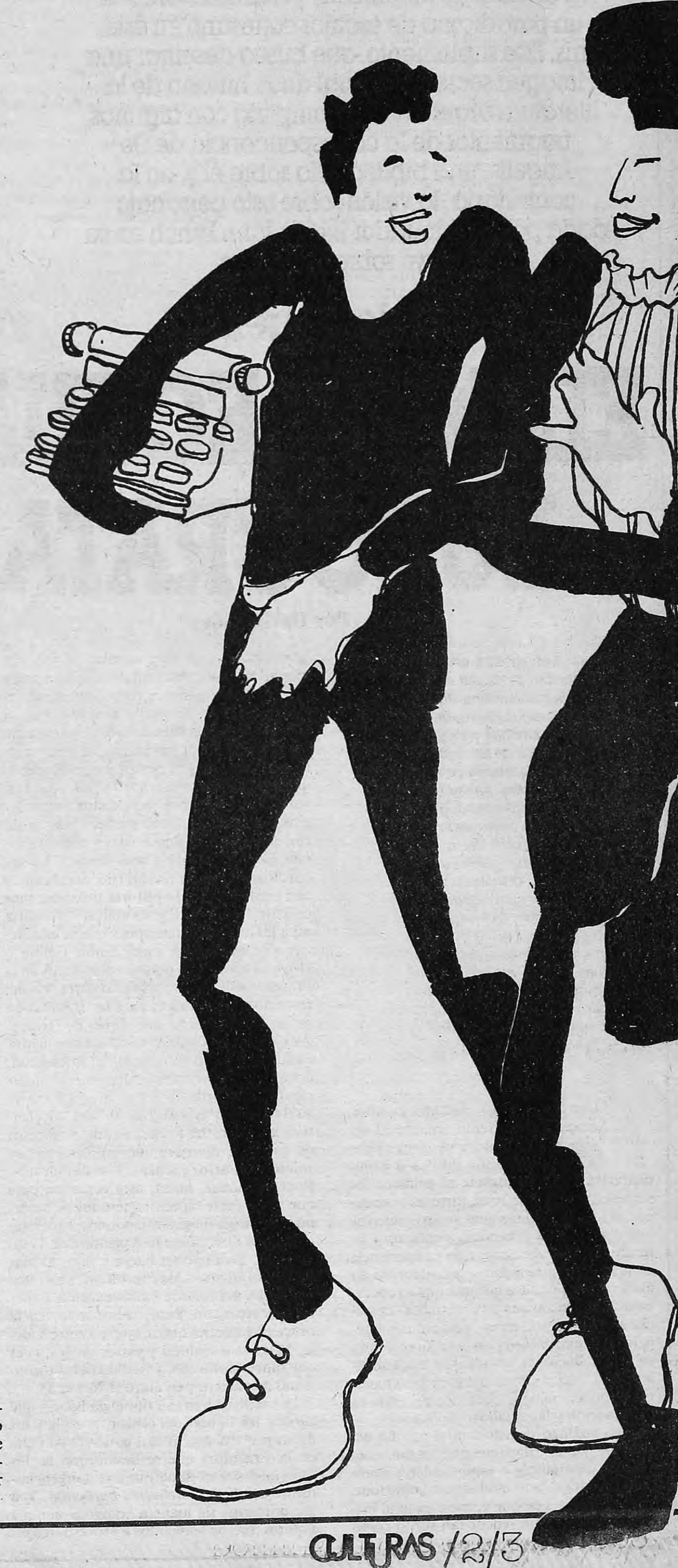
Las mujeres de los intelectuales burócratas. La esposa de Pedro de Angelis: soporte principal en la exhibición de regalías, pero más allá de los lucimientos y las vitrinas, de las codicias disimuladas en respetabilidad o con la propia ironía, implicaba un día a día desmenuzado y en proyectos. Infalible, doméstico, incesante balanceo de un qué hacemos, irnos/quedarnos; desaires/aguantar; el regreso urge o seduce, pero en Europa no hay criados, cuestan mucho o se han puesto respondones; los alquileres y el abono a la Opera se han ido a las nubes. Además, de los cimbronazos de 1830 y del 48 aún llegan los sobresaltos; con los borbones de Nápoles nunca se sabe: por cada expectativa que abren, se cobran cien desencantos. Y al fin y al cabo, para una dama victoriana siempre es preferible ser la esposa de un *sahib* en Madrás que resignarse a vivir en algún arrabal más allá de Mellgreen Street.

Lenguaje y exilios en Palermo

"¡Cuántas miserias! ¡Cuántas pequeñeces se abrigan bajo la peluca de aquel Forlipón! Sin saber el castellano, quiere juzgar las menudencias filológicas de este idioma..."

Carta de José Joaquín de Mora a Florencio Varela, 17-X-1828.

Ante todo, extranjero De Angelis: su español, casi parodiado por Mansilla, tiene algo de precursor del sainete, porque no sólo se trataba de un *tano* en el Buenos Aires de 1845, sino de un "papolitano" desconsoladamente risible. Alteraciones que al hacer sonreír —aunque fuera a sus espaldas— contribuían al ablandamiento del rigor señorial pero, por su revés de trama, a una dependencia mayor del Poder. La ridiculez estimulaba la dudosa benevolencia de Rosas pero, a la vez, corroboraba la pleitesía: el príncipe se divierte con sus bufones pero, al mismo tiempo, los sobrecoge. La proximidad más o menos magnánima del señor podía ser tenida por garantía; pero lo explícito de Rosas siempre fue algo ornamental en Palermo; en lo latente residía el riesgo. "Anche io lo só." De ahí que si hubiera que situar el lugar del escritor burócrata en algo de los niveles en que funcionaba, convendría ordenar a los que merodeaban por Palermo: en primer lugar, a los ministros como Arana o los diplomáticos como Southern o Mendeville; en segundo término, los cortesanos tan dóciles y vacilantes como Santiago Wilde o Vélez Sársfield; en una tercera inflexión, a los ejecutores al estilo de Victorica y Cuitiño y, por fin, a los bufones, tolerados o agregados como el cura Biguá y los demás "locos". De Angelis, en esa escenografía, conjuga una peculiar combinación: al "don" no se lo apea nadie; es su insignia jerárquica breve e inmutable, aunque los más incondicionales crujieran; y sus distancias le abrían la posibilidad de lo marginal, aunque fuera episódico. Algo parecido a la notoriedad y a lo borroso que soporta, a la vez, cualquier *visitante*: proscenio/lateralidad; exigencia de protagonismo/condescendencia elusiva. Aunque la ambivalencia que le facilita, al mismo tiempo, rango y elusiones se vaya disolviendo con la permanencia. Por eso, si su primer *lugar* se deposita junto a otro escriba, Mariño, tan suave como el napolitano pero local, su ubicación definitiva se diseña como la de un cortesano atípico: escribe, es certero, cortés y resulta reconocidamente eficiente, pero como al hablar provoca guiños y codazos cómplices, su minusvalía, cada vez más notoria, lo inquieta aunque, diestro, trata de invertirla en su provecho. Pero como nunca se decidió a hacerse ciudadano completo, apenas residente o siempre forastero, hasta sus diferencias concluyen por acercarlo a Rosas, más y más solitario, que si no termina por considerarlo un "confesor", al menos suele tratarlo como fugaz, intransitivo confidente. Lo que si bien produce un



EL INTELECTUAL BUROCRATA



al: un príncipe legítimo, barbado como los Ausburgo, erudito y sensible a la botánica, a los argumentos, las salsas y las ediciones en tafilete marrón.

Hacia Paul Groussac, Sarmiento y las mujeres

"...este hombre esparce por todas partes y entre toda clase de gentes que él no hace sino poner lo que le manda poner el gobierno que lo paga."

Carta de Manuel J. García a Rosas, 25-VI-1830

Por esas razones, más cerca de Groussac se sitúa De Angelis: no sólo por su *extranjería* que condiciona, de ida y vuelta, tanto sus marcadas diferencias respecto de la comunidad global como su singular dependencia en relación al jefe sino, precisamente, por su ironía: al comentar las *distancias* que debe marcar en lo cotidiano de Buenos Aires, áridamente monótono y sin demasiados estímulos, suele trocarse en estrategias de sobrevivencia, en insólitas purgaciones clandestinas o en cinismo en las situaciones límite. Más que coherente resulta en este sentido la polémica del napolitano con Echeverría: provocada por Rosas que siempre lo consideró su vocero pero jamás su lugarteniente, De Angelis le reprocha al autor de *La cautiva* "estar trastornado por los delirios de Fourier, Considérant y Saint-Simon". Obviamente, se trataba de una reproducción local de la disputa entre un prolijo racionalista del siglo XVIII enfrentado a un romántico del XIX; minucias y epigramas discutiendo con los arrebatos de un dandismo que aún oscilaba entre el monóculo y la guitarra. Ante semejante controversia, Groussac lateral e insidioso pero, de hecho, en coincidencia con De Angelis se limitó a sentenciar hacia 1890: "Si se quitara del *Dogma* todo lo que pertenece a Lamennais, Leroux, Lerminier, Mazzini y tutti quanti sólo quedarían las alusiones locales y los solecismos".

Por cierto que más abajo de la polémica entre De Angelis/Echeverría, entre la reticente mesura cancilleresca y lo utópico, quien vibra de manera agresiva es Sarmiento: el plebeyo sanjuanino, en su momento más lúcido tensado entre el *Facundo*, sus *Viajes* a lo Melville con islas, canoas, versículos y ballenas, *Recuerdos de provincia, Argirópolis* y la *Campaña en el ejército grande*, condensa un drama "generacional" al reproducir semejante debate frente al venezolano Bello; otro intelectual burócrata extranjero, pero matizado por su ciudadanía legalizada, sus *Códigos*, su sabio manejo de las distancias y, sobre todo, por su gramática inexpugnable. No se me olvida: y su consiguiente jerarquía en una corte escrupulosamente conservadora instaurada por Portales, fortalecida por el general Bulnes y por las astucias de Montt. En el mapa más amplio de América latina, entonces, entre el volterianismo atenuado del italiano De Angelis y el ímpetu balzaciano de Sarmiento se insinúa, como envés y rezago, el paradójico conflicto entre un neoclásico al servicio de la *barbarie* rosista y lo "amontonerado" de alguien que, en estricta observancia liberal decidirá, con el tiempo, la ejecución del Chacho.

Pero, De Angelis y Groussac. Dos intelectuales extranjeros al servicio del poder en la Argentina: el napolitano, comprometido aun a disgusto con el titanismo rosista; en colaboración más fluida el francés en torno a la modernidad del roquismo. Sus "extranjerías", por lo tanto, deben matizarse: el napolitano llega al Río de la Plata en 1826 contratado por Rivadavia; su clasicismo dieciochesco se empalma holgadamente, pese a algún puerto en declive, con las maneras neoborbónicas que predominan en el Buenos Aires de ese año unitario. Y hasta con ensayos de malicia: venía de París y de Rusia, pero después de haber sido el preceptor de los hijos de Murat, rey de Nápoles. Y allí sí que la ecuación intelectual/Príncipe reproducía al máximo el modelo de avidez ascensional dibujado por el Stendhal de *Rojo y negro:* sobre todo si se recuperan las veleidades de artillero con las que coqueteaba De Angelis y la presencia, lejana, de su hermano cardenal. Groussac, en cambio, llegó a la Argentina al garete, sin contrato, padrinos, pálpitos ni demasiadas convicciones; "francés hecho para vivir en Francia", con su soberbia desproporcionada y cierta injuria lamentable, excesivamente espontánea, carente de "los prestigios y las cortesanías" del napolitano, tuvo que padecer su aprendizaje semicolonial entre ovejeros, provocaciones, carretas y tucumanos.

Por ahí reside una clave. Presumo. Porque si Grousac se casó con una provinciana, aquerenciándose definitiva, desabridamente, De Angelis llegó a Buenos Aires con su mujer: demasiado llamativa en su presencia pese a sus devociones pedagógicas. "Castamente celebrada" por varios leones del *entourage* de Rosas; y aunque leal y hasta huraña se dedica a aconsejar como asesora al resto de las damas de la Federación (algunas muy "rústicas" como pérfidamente se recuerda en *Amalia* y, con más detalle, a través de la correspondencia de la Sánchez de Thompson), se convierte en un eje de tormentos. "Sobretendidos." Porque pese a la impasibilidad del señor de Palermo, fugazmente se insinúan connivencias, rozamientos, intrigas y miradas. Incluso, como puede inferirse de la *causerie* de Mansilla, la propuesta de enterrar wagnerianamente a doña Encarnación si se comentó como propuesta de don Pedro, sólo fue recogida a partir de una insinuación de su mujer. Sin embargo ya se sabía de memoria que si "en la corte pampeana el descaro se practicaba con los enemigos o con las chinitas, el disimulo resultaba sigiloso e indiscutible cuando se trataba del cónsul francés, los residentes británicos o de la ~~mujer~~ de un alto funcionario incuestionable".

Las mujeres de los intelectuales burócratas. La esposa de Pedro de Angelis: soporte principal en la exhibición de regalías, pero más allá de los lucimientos y las vitrinas, de las codicias disimuladas en respetabilidad o con la propia ironía, implicaba un día a día desmenuzado y en proyectos. Infalible, doméstico, incesante balanceo de un qué hacemos, irnos/quedarnos; desaires/aguantar; el regreso urge o seduce, pero en Europa no hay criados, cuestan mucho o se han puesto respondones; los alquileres y el abono a la Opera se han ido a las nubes. Además, de los cimbronazos de 1830 y del 48 aún llegan los sobresaltos; con los borbones de Nápoles nunca se sabe: por cada expectativa que abren, se cobran cien desencantos. Y al fin y al cabo, para una dama victoriana siempre es preferible ser la esposa de un *sahib* en Madrás que resignarse a vivir en algún arrabal más allá de Mellgreen Street.

Lenguaje y exilios en Palermo

"¡Cuántas miserias! ¡Cuántas pequeñeces se abrigan bajo la peluca de aquel Forlipón! Sin saber el castellano, quiere juzgar las menudencias filológicas de este idioma..."

Carta de José Joaquín de Mora a Florencio Varela, 17-X-1828.

Ante todo, extranjero De Angelis: su español, casi parodiado por Mansilla, tiene algo de precursor del sainete, porque no sólo se trataba de un *tano* en el Buenos Aires de 1845, sino de un "papolitano" desconsoladamente risible. Alteraciones que al hacer sonreír —aunque fuera a sus espaldas— contribuían al ablandamiento del rigor señorial pero, por su revés de trama, a una dependencia mayor del Poder. La ridiculez estimulaba la dudosa benevolencia de Rosas pero, a la vez, corroboraba la pleitesía: el príncipe se divierte con sus bufones pero, al mismo tiempo, los sobrecoge. La proximidad más o menos magnánima del señor podía ser tenida por garantía; pero lo explícito de Rosas siempre fue algo ornamental en Palermo; en lo latente residía el riesgo. "Anche io lo só." De ahí que si hubiera que situar el lugar del escritor burócrata en algo de los niveles en que funcionaba, convendría ordenar a los que merodeaban por Palermo: en primer lugar, a los ministros como Arana o los diplomáticos como Southern o Mendeville; en segundo término, los cortesanos tan dóciles y vacilantes como Santiago Wilde o Vélez Sársfield; en una tercera inflexión, a los ejecutores al estilo de Victorica y Cuitiño y, por fin, a los bufones, tolerados o agregados como el cura Biguá y los demás "locos". De Angelis, en esa escenografía, conjuga una peculiar combinación: al "don" no se lo apea nadie; es su insignia jerárquica breve e inmutable, aunque los más incondicionales crujieran; y sus distancias le abrían la posibilidad de lo marginal, aunque fuera episódico. Algo parecido a la notoriedad y a lo borroso que soporta, a la vez, cualquier *visitante*: proscenio/lateralidad; exigencia de protagonismo/condescendencia elusiva. Aunque la ambivalencia que le facilita, al mismo tiempo, rango y elusiones se vaya disolviendo con la permanencia. Por eso, si su primer *lugar* se deposita junto a otro escriba, Mariño, tan suave como el napolitano pero local, su ubicación definitiva se diseña como la de un cortesano atípico: escribe, es certero, cortés y resulta reconocidamente eficiente, pero como al hablar provoca guiños y codazos cómplices, su minusvalía, cada vez más notoria, lo inquieta aunque, diestro, trata de invertirla en su provecho. Pero como nunca se decidió a hacerse ciudadano completo, apenas residente o siempre forastero, hasta sus diferencias concluyen por acercarlo a Rosas, más y más solitario, que si no termina por considerarlo un "confesor", al menos suele tratarlo como fugaz, intransitivo confidente. Lo que si bien produce un mayor trato de privilegios graduales, presupone mayores exigencias y riesgos; no sólo de parte de los *otros*, rivales previsibles, sino del propio Rosas que, en su paulatina desconexión y en su endiosamiento arbitrario, hierático, concluye por convertirse en alguien tan inexorable como impávido y suspicaz. "Dos aislamientos complementarios." Al fin de cuentas, el príncipe siempre supo cobrarse, sin miramientos, su prodigalidad y hasta sus confidencias más triviales. Hasta 1852 en el envés de la coerción siempre se apeló a una homogeneidad necesaria y postergada.

Escritura y servidumbre

"Soy como los ebrios, más bebo y más sed tengo. Crece el apetito al comer."

De Angelis a Francisco Juanicó, marzo de 1827

De donde pueden seguirse los rasgos de la escritura del escritor burócrata aparentemente más fáciles de detectar en un diestro escriba como De Angelis. Para verificarlos resulta ineludible escalar, en principio, los dilatados volúmenes del *Archivo americano y espíritu de la prensa del mundo:* ahí pone en movimiento, ensaya y rescata, a la vez, un ademán enciclopédico, desquitándose imaginariamente —en políglota y cosmopolita— de su cotidiano confinamiento. París, Europa, esto es, el mundo se recuperan mediante una compilación de volúmenes. Un inventario que prolifera, al superponerse con su *Colección de documentos*, hasta transformarse en constatación, muralla, alegato y tesoro. Contemporáneo de los primeros condenados a Siberia o remoto precursor de Cayena, termina por convertirse en el conjuro cotidiano que ejecuta con su esposa —antes de las plegarias de ella y de los balances de él— frente a esa Buenos Aires que había dejado de ser alterntiva o destierro para trocarse cada vez más en un confinamiento sin retorno.

El intelectual-burócrata, en sus momentos de desaliento, llega a pensar la obsecuencia como un género literario y las figuras más reiteradas en su estrategia retórica si empiezan por la previsible apología, muestra creciente devoción por las efemérides, las odas, Camoens y las concienzudas dedicatorias hasta especializarse en *conversaciones* que culminan en tétricos "memoriales". Eckermann-Chartrian y Las Casses le resultan ejemplares en este rubro. Reticente con los juegos florales, al ditirambo lo considera excesivamente musculoso, aunque es capaz de condescender a los álbumes y abanicos; y si admite el epitalamio con ese recogimiento nupcial que lo afecta por su privacidad acumulativa, su apogeo suele producirse en las necrológicas: la única posibilidad, con el tiempo, de concretar sus tendencias el monumentalismo.

Esos contratiempos, sin énfasis, suelen resultar conmovedores; sobre todo cuando se advierte que De Angelis presiente tautológico o intrascendente a su periodismo y también a los esfuerzos que hace por desbaratar ese encierro. Semejante tensión lo define. Aunque finalmente lo intransitivo y lo circular predominen. Como ha llegado a descreer en la palabra, se esfuerza en ponerle más cuerpo. Que en su caso resultan carnosidades que sólo apesantan. De ahí que, además de ser un precursor en el género *best* con sus superlativos y acumulaciones en el elogio o en la injuria (dos pasatiempos en los que presiente su desconfianza al subrayar "generalísimo", "altísimo", "muy genial"), hay una inflexión en la que resulta desalentador: el debate en favor o en contra de la "forma" y los *contenidos* ha llegado a ser obvio o incesante. Se sabe. Pero en el caso planteado por la relación entre Rosas y De Angelis exhibe un matiz inquietante: el Poder es quien dictá significaciones, intencionalidad y contenidos; la fórmula, categórica, enuncia desde el margen "Déle forma a eso". Apenas si le corresponde al escritor burócrata ese apremiante artesanado. Y como la proporción entre la caja y los márgenes no es simétrica, en el interior mismo de los escritos producidos resulta, obligatoriamente, una corroboración compulsiva y prolija de la relación amo/servidor. Dos figuras distintas y una sola escena vertiginosa: vender el placer bajo el control de un rufián/escribir compulsivamente para complacer a un patrón: no sólo el placer se aniquila, sino que el deseo, trascendentál e incesante, se inmoviliza y coagula hasta la abyección.

Comidas, circunspección y salario

"...hubiera podido conciliar mi conveniencia particular con el deseo de no separarme de mi biblioteca, ofreciéndosela a S.E. el Señor General Rosas, mi antiguo, constante y generoso protector."

De Angelis a Urquiza, 1850

Al cierre de toda esta dramática, De Angelis necesitaba urgentemente de algún estímulo que lo justificara en su prolongación de Buenos Aires o en sus debilitados proyectos de regreso a Europa; varias veces se lo planteó entre decisiones aplazadas y titubeos "El regreso del exilio, si se alarga, va condicionando una especie de saga o de género perverso". En su caso, el ilusorio despegue y sus fracasos concretos, van determinando algo así como un *complejo de Tántalo:* desea regresar y la posibilidad se le desvanece; la alternativa por fin está ahí, alarga el brazo y presiente la posibilidd escurridiza o la mutilación de su mano. Como sus palabras "no tienen eco", su cuerpo se hace vacilante. Y esa renovada incertidumbre es un tema que se le reitera, hasta la obsesión, con sus corresponsales del Uruguay o con un par de cautelosos confidentes porteños.

De Angelis es cada vez más dócil, manso, fatalista incluso; apenas si se consuela con las melancólicas designaciones de académico. Pero como "miembro correspondiente". Y su colección de rubricados diplomas decora, polvorienta, las paredes de su habitación de trabajo. Con todo, cuenta con su sueldo; es lo único que reivindica: algo se sabe de la cantidad estipulada en el primitivo contrato rivadaviano; considerable si se le agrega lo esporádicamente ganado por su mujer en sus operaciones didácticas mediante la escuela de niñas señorial y algo frustrada. 1826, la fisura del 30, el 33. Porque después de su conversión, Rosas le fue pagando, en realidad, con el único excedente del que podía echar mano: tierras.

El mecenazgo porteño no contaba con becas ni con fundaciones. Más allá de Caseros y de la fugaz etapa montevideana, lo encontramos a De Angelis cerca de Santa Fe, intercalando sus reclamos con la contingente oferta a Urquiza, nuevo príncipe de la Confederación, "renovador" del federalismo y considerable posibilidad de reemplazo para los antiguos intelectuales burócratas vinculados al rosismo porteño. "Tanteos". Pero, concretamente, trámites para rescatar las cuantiosas leguas de campo que el antiguo príncipe de Buenos Aires le había pagado al intelectual más notorio de su larga dictadura: tierras por escrituras; intercambio inmobiliario y no evangélico. Desde la guerra con el Brasil hasta más allá de Caseros el periodista burócrata, vocero de un sistema latifundista, había convertido los textos en protocolos. Con sus deslindes, hijuelas, ejidos, hipotecas y retroventas.

El intelectual europeo formado en el despotismo ilustrado, al cierre de su confinamiento, ha optado así una escritura "jurídica" que se correspondía con un despotismo *bárbaro:* producción semifeudal/escrituras litigiosas. Toda una acumulación más que de apologías, de su rescate precario, y de sus contratiempos. "Anegadizos", diría, y si cabe, *americanos*. Es que las antiguas ambiciones se le habían ido agobiando entre expedientes, corrillos, items, humillaciones y tachaduras. Reconciliar la razón abstracta y la ciudad de los hombres: imposible. Por eso, apenas si se sentía jubiloso, al borde de unos suculentos *canelloni* muy celebrados entonces. "Ese viejo lechuguino que terminó tan adiposo y como distraído": unos binóculos averiados, cierto atardecer en San Isidro, dos fustazos y un sagaz, inconcluso comentario a los textos más intrincados de Gianbattista Vico.

Más que lúcido, complaciente, el amortiguado maquiavelismo de De Angelis le hizo preferir, en los alrededores de la Recoleta, un gesto de políglota sonriente en lugar de la anacrónica modernidad rivadaviana; entre el iluminismo y un exilio desabrido y epicúreo, al fingir con eficacia su lealtad durante tantos años, optó por el confort al final del día a día. Si digo "el espíritu de la época" se le impuso, presiento que apelo a una designación decorativa, como si se tratara de una nube chirle y flotante; en verdad es la ideología hegemónica que hasta en su laxitud, hacia 1850, al internalizarse se ha *naturalizado* hasta ser considerada "el sentido común" preponderante. "Si no hay grandes novedades y mucho menos revolucionarias, conviene la adaptación que es la mejor forma de sobrevivencia." Suena a Talleyrand después de Waterloo y más allá de los Borbones renovados; en última lectura, otro enciclopedista trocado en cortesano de las Santas Alianzas. Por algo el lugar del intelectual burócrata se clausuró al final de las antesalas, los pagarés sin posibilidad de endoso y de un escalafón tan previsible. "Si el problema es sobrevivir, antes que la vehemencia prefiero una conversación."

En lugar de la aventura del intelectual, "don Pedro" prefirió las certezas circulares de la administración; fue, por sobre todo, un periodista del régimen: canónico, moderadamente lascivo, epigramático y puntual. Si en los primeros números del *Archivo americano* abundan las consignas, al final —como si se fueran cristalizando— apenas si aparecen epitafios: pétreos, demasiado breves, intimidatorios y poco convincentes. Las señales del envejecimiento del príncipe y de su sistema total se refractan ahí en bastardilla.

"Como en las banderas y en los membretes": mineralizaciones, despojos, rutinas del final. Diversos estilos del *Clérigo* a través de la historia; diferentes formas de traición. Correlativa, mediatamente, el napolitano, desde la *ideología* y hasta de lo utópico en su sentido más estricto, se había ido desplazando hacia las certezas cómplices y las ventajas del Poder. Arquetípico De Angelis, pero sobre todo un precursor.



FRAGMENTOS

Algunas cartas de Pedro de Angelis

1. "El Emperador no tardó en ocupar su asiento, y empezó la lectura de no sé qué informes, que me fue imposible entender por no estar acostumbrado a la pronunciación del idioma portugués. Antes y después de la lectura fui presentado a varias personas, entre ellas el Visconde de Abrantes, al Sr. Paulino, al Ministro de la Guerra, a Pimienta Bueno, a algún Senador, etc. Todos ellos me recibieron con la mayor distinción, diciéndome palabras muy lisonjeras. Yo, ladrón, bandido, miserable, mazorquero, extrañaba estas demostraciones de aprecio y estaba por decir a los que me trataban de Excelencia: *'Vous vous trompez, Messieurs', o como dice Don Pasquale: 'Io son quel tale...'"*
De Angelis a Florentino Castellanos, 21 diciembre 1853.

2. "No era por vanidad que yo solicitaba esta gracia, sino porque en mi pobre vida literaria figura de un modo poco lisonjero haber recibido de un gobierno ilustrado y generoso como el de Brasil, el precio de la redacción de una obra que le había ofrecido."
De Angelis a Paranhos, 17 abril 1858

*3. "Ahora hay una **mari-morena** entre todos los escritores públicos: los Varela contra Sarmiento; Sarmiento contra los Varela; el Constitucional contra los dos; Gómez contra Alsina; Varela contra Vélez Sarsfield, La Constitución o Hablador contra todos. Han salido a luz documentos muy curiosos. Una presentación de Vélez y de Elizalde al ilustre **Restaurador** ofreciéndole su vida, fortuna, fama y porvenir!"*
De Angelis a Florentino Castellanos, 4 octubre 1856

4. "Lo que salvó la Francia y reparó los males de la Convención y del Directorio, no fue la constitución de Siêyes, sino el 18 Brumario de Bonaparte. Un poder fuerte y sin trabas es el que podría salvar también a Montevideo. Pero muy fácil es hacer un 18 Brumario; lo que es difícil es hallar un Bonaparte..."
De Angelis a Florentino Castellanos, 12 abril 1856

Bibliografía sobre Pedro de Angelis

1. Ignacio Weiss, Los antecedentes europeos de Pedro De Angelis, El Ateneo, Buenos Aires, 1944.
2. Enrique Arana, Pedro De Angelis (1784-1859). Boletín Facultad Derecho, Universidad de Buenos Aires, junio 1933.
3. Ernesto Morales, Fisonomías de 1840, El Ateneo, 1940.
4. Angelo Sacchetti Sassetti, Pietro de Angelis a Parigi, Perugia, 1913.
5. Alma Novella Marani, Cinco amigos de Rivadavia, Universidad Nacional de La Plata, 1987.

Domingo 17 de enero de 1988

mayor trato de privilegios graduales, presupone mayores exigencias y riesgos; no sólo de parte de los *otros*, rivales previsibles, sino del propio Rosas que, en su paulatina desconexión y en su endiosamiento arbitrario, hierático, concluye por convertirse en alguien tan inexorable como impávido y suspicaz. "Dos aislamientos complementarios." Al fin de cuentas, el príncipe siempre supo cobrarse, sin miramientos, su prodigalidad y hasta sus confidencias más triviales. Hasta 1852 en el envés de la coerción siempre se apeló a una homogeneidad necesaria y postergada.

Escritura y servidumbre

"Soy como los ebrios, más bebo y más sed tengo. Crece el apetito al comer."

De Angelis a Francisco Juanicó, marzo de 1827

De donde pueden seguirse los rasgos de la escritura del escritor burócrata aparentemente más fáciles de detectar en un diestro escriba como De Angelis. Para verificarlos resulta ineludible escalar, en principio, los dilatados volúmenes del *Archivo americano y espíritu de la prensa del mundo:* ahí pone en movimiento, ensaya y rescata, a la vez, un ademán enciclopédico, desquitándose imaginariamente —en políglota y cosmopolita— de su cotidiano confinamiento. París, Europa, esto es, el mundo se recuperan mediante una compilación de volúmenes. Un inventario que prolifera, al superponerse con su *Colección de documentos*, hasta transformarse en constatación, muralla, alegato y tesoro. Contemporáneo de los primeros condenados a Siberia o remoto precursor de Cayena, termina por convertirse en el conjuro cotidiano que ejecuta con su esposa —antes de las plegarias de ella y de los balances de él— frente a esa Buenos Aires que había dejado de ser alterntiva o destierro para trocarse cada vez más en un confinamiento sin retorno.

El intelectual-burócrata, en sus momentos de desaliento, llega a pensar la obsecuencia como un género literario y las figuras más reiteradas en su estrategia retórica si empiezan por la previsible apología, muestra creciente devoción por las efemérides, las odas, Camoens y las concienzudas dedicatorias hasta especializarse en *conversaciones* que culminan en tétricos "memoriales". Eckermann-Chartrian y Las Casses le resultan ejemplares en este rubro. Reticente con los juegos florales, al ditirambo lo considera excesivamente musculoso, aunque es capaz de condescender a los álbunes y abanicos; y si admite el epitalamio con ese recogimiento nupcial que lo afecta por su privacidad acumulativa, su apogeo suele producirse en las necrológicas: la única posibilidad, con el tiempo, de concretar sus tendencias el monumentalismo.

Esos contratiempos, sin énfasis, suelen resultar conmovedores; sobre todo cuando se advierte que De Angelis presiente tautológico o intrascendente a su periodismo y también a los esfuerzos que hace por desbaratar ese encierro. Semejante tensión lo define. Aunque finalmente lo intransitivo y lo circular predominen. Como ha llegado a descreer en la palabra, se esfuerza en ponerle más cuerpo. Que en su caso resultan carnosidades que sólo apesantan. De ahí que, además de ser un precursor en el género *best* con sus superlativos y acumulaciones en el elogio o en la injuria (dos pasatiempos en los que presiente su desconfianza al subrayar "generalísimo", "altísimo", "muy genial"), hay una inflexión en la que resulta desalentador: el debate en favor o en contra de la "forma" y los *contenidos* ha llegado a ser obvio o incesante. Se sabe. Pero en el caso planteado por la relación entre Rosas y De Angelis exhibe un matiz inquietante: el Poder es quien dicta significaciones, intencionalidad y contenidos; la fórmula, categórica, enuncia desde el margen "Déle forma a eso". Apenas si le corresponde al escritor burócrata ese apremiante artesanado. Y como la proporción entre la caja y los márgenes no es simétrica, en el interior mismo de los escritos producidos resulta, obligatoriamente, una corroboración compulsiva y prolija de la relación amo/servidor. Dos figuras distintas y una sola escena vertiginosa: vender el placer bajo el control de un rufián/escribir compulsivamente para complacer a un patrón: no sólo el placer se aniquila, sino que el deseo, trascendental e incesante, se inmoviliza y coagula hasta la abyección.



Comidas, circunspección y salario

"...hubiera podido conciliar mi conveniencia particular con el deseo de no separarme de mi biblioteca, ofreciéndosela a S.E. el Señor General Rosas, mi antiguo, constante y generoso protector."

De Angelis a Urquiza, 1850

Al cierre de toda esta dramática, De Angelis necesitaba urgentemente de algún estímulo que lo justificara en su prolongación de Buenos Aires o en sus debilitados proyectos de regreso a Europa; varias veces se lo planteó entre decisiones aplazadas y titubeos "El regreso del exilio, si se alarga, va condicionando una especie de saga o de género perverso". En su caso, el ilusorio despegue y sus fracasos concretos, van determinando algo así como un *complejo de Tántalo:* desea regresar y la posibilidad se le desvanece; la alternativa por fin está ahí, alarga el brazo y presiente la posibilidd escurridiza o la mutilación de su mano. Como sus palabras "no tienen eco", su cuerpo se hace vacilante. Y esa renovada incertidumbre es un tema que se le reitera, hasta la obsesión, con sus corresponsales del Uruguay o con un par de cautelosos confidentes porteños.

De Angelis es cada vez más dócil, manso, fatalista incluso; apenas si se consuela con las melancólicas designaciones de académico. Pero como "miembro correspondiente". Y su colección de rubricados diplomas decora, polvorienta, las paredes de su habitación de trabajo. Con todo, cuenta con su sueldo; es lo único que reivindica: algo se sabe de la cantidad estipulada en el primitivo contrato rivadaviano; considerable si se le agrega lo esporádicamente ganado por su mujer en sus operaciones didácticas mediante la escuela de niñas señorial y algo frustrada. 1826, la fisura del 30, el 33. Porque después de su conversión, Rosas le fue pagando, en realidad, con el único excedente del que podía echar mano: tierras.

El mecenazgo porteño no contaba con becas ni con fundaciones. Más allá de Caseros y de la fugaz etapa montevideana, lo encontramos a De Angelis cerca de Santa Fe, intercalando sus reclamos con la contingente oferta a Urquiza, nuevo príncipe de la Confederación, "renovador" del federalismo y considerable posibilidad de reemplazo para los antiguos intelectuales burócratas vinculados al rosismo porteño. "Tanteos". Pero, concretamente, trámites para rescatar las cuantiosas leguas de campo que el antiguo príncipe de Buenos Aires le había pagado al intelectual más notorio de su larga dictadura: tierras por escrituras; intercambio inmobiliario y no evangélico. Desde la guerra con el Brasil hasta más allá de Caseros el periodista burócrata, vocero de un sistema latifundista, habia convertido los textos en protocolos. Con sus deslindes, hijuelas, ejidos, hipotecas y retroventas.

El intelectual europeo formado en el despotismo ilustrado, al cierre de su confinamiento, ha optado así una escritura "jurídica" que se correspondía con un despotismo *bárbaro:* producción semifeudal/escrituras litigiosas. Toda una acumulación más que de apologías, de su rescate precario, y de sus contratiempos. "Anegadizos", diría, y si cabe, *americanos*. Es que las antiguas ambiciones se le habían ido agobiando entre expedientes, corrillos, ítems, humillaciones y tachaduras. Reconciliar la razón abstracta y la ciudad de los hombres: imposible. Por eso, apenas si se sentia jubiloso, al borde de unos suculentos *canelloni* muy celebrados entonces. "Ese viejo lechuguino que terminó tan adiposo y como distraído": unos binóculos averiados, cierto atardecer en San Isidro, dos fustazos y un sagaz, inconcluso comentario a los textos más intrincados de Gianbattista Vico.

Más que lúcido, complaciente, el amortiguado maquiavelismo de De Angelis le hizo preferir, en los alrededores de la Recoleta, un gesto de políglota sonriente en lugar de la anacrónica modernidad rivadaviana; entre el iluminismo y un exilio desabrido y epicúreo, al fingir con eficacia su lealtad durante tantos años, optó por el confort al final del día a día. Si digo "el espíritu de la época" se le impuso, presiento que apelo a una designación decorativa, como si se tratara de una nube chirle y flotante; en verdad es la ideología hegemónica que hasta en su laxitud, hacia 1850, al internalizarse se ha *naturalizado* hasta ser considerada "el sentido común" preponderante. "Si no hay grandes novedades y mucho menos revolucionarias, conviene la adaptación que es la mejor forma de sobrevivencia." Suena a Talleyrand después de Waterloo y más allá de los Borbones renovados; en última lectura, otro enciclopedista trocado en cortesano de las Santas Alianzas. Por algo el lugar del intelectual burócrata se clausuró al final de las antesalas, los pagarés sin posibilidad de endoso y de un escalafón tan previsible. "Si el problema es sobrevivir, antes que la vehemencia prefiero una conversación."

En lugar de la aventura del intelectual, "don Pedro" prefirió las certezas circulares de la administración; fue, por sobre todo, un periodista del régimen: canónico, moderadamente lascivo, epigramático y puntual. Si en los primeros números del *Archivo americano* abundan las consignas, al final —como si se fueran cristalizando— apenas si aparecen epitafios: pétreos, demasiado breves, intimidatorios y poco convincentes. Las señales del envejecimiento del príncipe y de su sistema total se refractan ahí en bastardilla.

"Como en las banderas y en los membretes": mineralizaciones, despojos, rutinas del final. Diversos estilos del *Clérigo* a través de la historia; diferentes formas de traición. Correlativa, mediatamente, el napolitano, desde la *ideología* y hasta de lo utópico en su sentido más estricto, se había ido desplazando hacia las certezas cómplices y las ventajas del Poder. Arquetípico De Angelis, pero sobre todo un precursor.



FRAGMENTOS

Algunas cartas de Pedro de Angelis

1. *"El Emperador no tardó en ocupar su asiento, y empezó la lectura de no sé qué informes, que me fue imposible entender por no estar acostumbrado a la pronunciación del idioma portugués. Antes y después de la lectura fui presentado a varias personas, entre ellas el Visconde de Abrantes, al Sr. Paulino, al Ministro de la Guerra, a Pimienta Bueno, a algún Senador, etc. Todos ellos me recibieron con la mayor distinción, diciéndome palabras muy lisonjeras. Yo, ladrón, bandido, miserable, mazorquero, extrañaba estas demostraciones de aprecio y estaba por decir a los que me trataban de* Excelencia: *'Vous vous trompez, Messieurs', o como dice Don Pasquale: 'Io son quel tale...'"*
De Angelis a Florentino Castellanos, 21 diciembre 1853.

2. *"No era por vanidad que yo solicitaba esta gracia, sino porque en mi pobre vida literaria figura de un modo poco lisonjero haber recibido de un gobierno ilustrado y generoso como el de Brasil, el precio de la redacción de una obra que le había ofrecido."*
De Angelis a Paranhos, 17 abril 1858

3. *"Ahora hay una mari-morena entre todos los escritores públicos: los Varela contra Sarmiento; Sarmiento contra los Varela; el Constitucional contra los dos; Gómez contra Alsina; Varela contra Vélez Sarsfield, La Constitución o Hablador contra todos. Han salido a luz documentos muy curiosos. Una presentación de Vélez y de Elizalde al ilustre* Restaurador *ofreciéndole su vida, fortuna, fama y porvenir!"*
De Angelis a Florentino Castellanos, 4 octubre 1856

4. *"Lo que salvó la Francia y reparó los males de la Convención y del Directorio, no fue la constitución de Sièyes, sino el 18 Brumario de Bonaparte. Un poder fuerte y sin trabas es el que podría salvar también a Montevideo. Pero muy fácil es hacer un 18 Brumario; lo que es difícil es hallar un Bonaparte..."*
De Angelis a Florentino Castellanos, 12 abril 1856

Bibliografía sobre Pedro de Angelis

1. *Ignacio Weiss, Los antecedentes europeos de Pedro De Angelis, El Ateneo, Buenos Aires, 1944.*
2. *Enrique Arana, Pedro De Angelis (1784-1859). Boletín Facultad Derecho, Universidad de Buenos Aires, junio 1933.*
3. *Ernesto Morales, Fisonomías de 1840, El Ateneo, 1940.*
4. *Angelo Sacchetti Sassetti. Pietro de Angelis a Parigi, Perugia, 1913.*
5. *Alma Novella Marani, Cinco amigos de Rivadavia, Universidad Nacional de La Plata, 1987.*

APUNTES DE UN INGLES

Por John Lynch *

Las invectivas federales, las ropas federales y, también, el luto federal no habían puesto término a la búsqueda de conformidad. Hasta había una fisonomía federal. El rostro de un verdadero federal estaba adornado con un exuberante bigote y largas patillas, que daban un aspecto de fiereza y servían para identificar a los amigos militares. Los informes de la policía podían condenar a un hombre por su aspecto: "No usa bigote, es unitario salvaje": esto era suficiente para enviar a prisión al acusado. En los desfiles federales, aquellos que no tenían el tipo físico correcto se apresuraban a ponerse bigotes postizos. Así, toda la población quedaba presionada para integrar las filas federales, fuera de las cuales sólo había unos pocos excéntricos disidentes. El rojo era el color, y todo era rojo. Los soldados usaban chiripás rojos, gorras y chaquetillas también rojas, y sus caballos estaban engalanados en rojo. Rosas tenía sumo cuidado de que las tropas estuvieran correctamente uniformadas y condecoradas con cintas y medallas federales. En 1838, ordenó personalmente y despachó seiscientas medallas especiales de campaña para las tropas que habían luchado en sus guerras federales, y tres mil divisas federales para todos. Los civiles también usaban una especie de uniforme, de color rojo reglamentario. Los hombres tenían que usar chalecos rojos, cintas rojas en los sombreros, y divisas de seda roja en el ojal con la inscripción "¡Viva la Confederación Argentina! ¡Mueran los Salvajes Unitarios!" Las mujeres debían adornar sus cabellos con cintas rojas. Los niños iban a la escuela con uniformes federales y los jesuitas españoles no tardaron en comprobarlo. Los frentes de las casas y sus puertas estaban también pintados de rojo y, en el interior, los muebles y decorados eran rojos. Un observador británico hizo notar que "los colores verde y celeste han desaparecido del mundo de Buenos Aires hasta donde lo permiten las manifestaciones de la naturaleza". Y los hombres de negocios británicos debieron tener en cuenta:

Puede parecer ridículo en las latitudes de Londres pedir a los Baring que no escriban al gobierno en papel azul o azulado. Sin embargo, es un hecho que él nunca lee —y nunca lo hará mientras viva— nada que esté escrito en papel azul. En cambio si las hojas están unidas por un pedacito de cinta roja, se sentirá más satisfecho por ese pequeño y absurdo homenaje que si los Baring le hubieran concedido un gran préstamo.

La explicación oficial de toda esta extravagancia era la que Rosas dio a MacCann: era un signo de unidad y lealtad; permitía a los activistas que identificaran con una mirada a sus amigos; era, inclusive, una ley de amnistía. Algo de cierto había en esto, pero no era toda la verdad. El simbolismo federal era una forma de presión; la gente estaba obligada a mostrar su conformidad. Esta práctica reemplazaba a las pruebas ortodoxas, a los chequeos de seguridad, a los juramentos de lealtad. La uniformidad federal era una medida de coerción casi totalitaria, mediante la cual las personas quedaban obligadas a abandonar el papel pasivo o apolítico y a adoptar un compromiso específico, a mostrar sus verdaderas inclinaciones. Más aún, no [illegible]tario. Estaba impuesto por la fuerza [illegible]ilmente podía convertirse en instrumento de terror. Los activistas federales se desmandaban haciendo recorridos en grupos de seis u ocho, irrumpían en el interior de las casas, estopeaban, destruían o arrastraban a la calle todo lo que fuera de color azul o verde; así le ocurría a mucha gente, "como a mí me sucedió", registró el diarista Beruti en 1842.

La ortodoxia política se transmitía tanto por la palabra como por los hechos, y las imprentas de Buenos Aires —cinco en total— se empleaban en forma absoluta al servicio del régimen. Al asumir el poder, Rosas suprimió la prensa opositora e hizo quemar diversas colecciones de periódicos en la Plaza de la Victoria por el ejecutor público. Durante el resto de la dictadura sólo se permitió la existencia de prensa oficial, que llegó a constituir una pesada carga en el presupuesto. Rosas ejercía personalmente un control directo y detallado sobre los periódicos, empleando varios periodistas extranjeros. Pedro de Angelis, Nicolás Mariño, Luis Pérez y otros argentinos, tales como Manuel de Irigoyen, José Rivera Indarte y Lucio V. Mansilla. De Angelis sobresalía del resto debido a su buen juicio y su erudición, que posiblemente puede apreciarse mejor que en otras obras en su valiosa compilación de fuentes históricas, la *Colección de Obras y Documentos del Río de la Plata*. Nacido en Nápoles, había llegado al Río de la Plata desde Francia, con una reputación liberal y una invitación de Rivadavia. Pero eventualmente se encontró con un nuevo patrón, y entró al servicio de Rosas para convertirse de hecho, aunque no por título, en director general de información y propaganda. De Angelis no abandonó la investigación histórica, ni su sentido de juicio o su desaprobación, en privado, de los excesos del régimen. Pero resultaba una triste ironía que un hombre traído al Nuevo Mundo para servir a la ilustración tuviera que convertirse en el publicista a sueldo de una autocracia conservadora. Su defensa básica de la dictadura era criticar la aplicación de pautas ambiguas entre federales y unitarios: "No deja de ser una ironía punzante a la humanidad que, al reprobar el asesinato cruel del ilustre gobernador Dorrego, ensalce con tanto afán a sus asesinos". La realidad era que De Angelis servía a un gobierno que negaba la libertad de pensamiento y la libertad de prensa. Las únicas noticias locales eran las oficiales. Y las que procedían del extranjero eran corregidas cuidadosamente:

"Cada mes después de la venida del paquete inglés forman en el Ministerio de Relaciones Exteriores una nota de todas las noticias venidas por el paquete, para pasarla al tigre. Esto ya Ud. sabe cómo lo sé. El tigre pasa una copia de ella a todas las provincias: esto, por supuesto, lo hace cercenando lo que le es desfavorable y ampliando lo favorable".

De Angelis editó varios periódicos para Rosas. Los más importantes fueron *El Lucero* (1829-33), *La Gaceta Mercantil*, y *El Archivo Americano, Espíritu de la Prensa del Mundo*. La *Gaceta Mercantil* había sido fundada en 1823, editada por James Kiernan, un irlandés pelirrojo, y subsistió hasta la caída de Rosas en 1852. De Angelis se unió a ella en 1829 y, con la ayuda de Nicolás Mariño, creó virtualmente un nuevo diario, expandiendo su información más allá de los asuntos comerciales y convirtiéndolo en el vehículo principal de las noticias, comentarios y propaganda oficiales. Existía una estricta censura para las noticias, mientras que la propaganda tomaba la forma de monótonos resúmenes de demostraciones favorables a Rosas y diatribas contra sus enemigos. Pero *La Gaceta* también expresaba, aunque de manera incoherente, las ideas políticas de Rosas, su "americanismo" y sus esfuerzos para inculcar un sentido de identidad independiente, y hasta de nacionalismo, entre los argentinos. Como observó Southern:

Es evidente que lamenta la ausencia en esta gente de un espíritu de independencia nacional: muchos de los documentos y discursos de La Gaceta *son expresamente escritos y publicados con el propósito de excitar ese sentimiento —poderoso instrumento en manos de un gobernante eficiente—. Las autoridades de los distritos leen todos los días, en todos los rincones del país, la* Gaceta Mercantil, *que se encuentra directamente a su cuidado; los jueces de paz la leen a los civiles y el comandante militar a las personas relacionadas con el ejército. La* Gaceta *es, en realidad, parte de un simulacrum de gobierno, que se mantiene con una perfección de la que sólo es capaz un hombre de la fuerza de carácter y de la naturaleza inflexible e incansable del general Rosas.*



Pero nada podía ocultar la inherente opacidad de la *Gaceta Mercantil*, agravada por el peculiar hábito de aparecer ocho a diez días después de la fecha establecida; los suscriptores cayeron de setecientos en 1833 a ciento veinte en 1851, aunque su circulación, naturalmente, era mayor que esas cifras.

El *Archivo Americano* empezó a publicarse en junio de 1843, editado por De Angelis, y pronto se constituyó en uno de los principales medios de propaganda rosista, hasta su extinción en diciembre de 1851. Su particular función consistía en explicar y defender el régimen en Europa y las Américas, en una época de constante presión y hostilidad extranjera. Era, hasta cierto punto, una edición internacional de la *Gaceta Mercantil*, que buscaba presentar a Rosas como un defensor del orden, de los intereses nacionales y de la independencia americana. Lo publicaban semanalmente en tres idiomas, español, francés e inglés, y con una tirada de mil quinientos ejemplares, cuatrocientos de los cuales se enviaban al exterior, algunos al Reino Unido; el diario *Morning Chronicle* lo usaba como fuente para los artículos pro Rosas, que, a su vez, eran reproducidos en la prensa de Buenos Aires. El *Archivo Americano* sufría la censura directa del dictador. Pedro de Angelis le sometía regularmente los artículos para su examen y, al parecer, eran leídos y corregidos en detalle. Volvían marcados en aprobación o para que fueran modificados, o simplemente rechazados, y con instrucciones en cuanto al idioma en que debían publicarse. Rosas también insistía en ver las pruebas, porque nada dejaba al azar. De Angelis empleaba un equipo de traductores, que incluía a Antonio Zinny para el francés y al doctor J. A. Wilde para el inglés; ambos tenían sueldos mensuales pagados por Rosas. Fuera del grupo de periódicos de De Angelis, pero siempre sujeto a la censura, estaba el *British Packet* (1827-58), un periódico en idioma inglés editado por Thomas George Love. Se trataba de un semanario que circulaba entre los residentes británicos y norteamericanos, y aunque en apariencias era una publicación independiente, en rigor seguía la línea impuesta en la *Gaceta Mercantil* y en el *Archivo Americano*, y formaba parte de manera inequívoca de la maquinaria de propaganda de Rosas. El cuarto periódico del régimen era el *Diario de la Tarde* (1831), una publicación que no se distinguía particularmente.

Aquellos que no podían o no querían leer la palabra de Rosas recibían el mensaje por otros medios. Había un grupo de bufones, a quienes llamaban los locos de Rosas que debieron aprender de memoria versos, discursos y documentos federales para recitarlos mientras recorrían las calles, intercalados entre diversos actos cómicos, musicales y de danzas. Las campanas de las iglesias también repicaban por Rosas. Había una liturgia política que llegó a ser un sello característico del régimen. Las ceremonias idólatras que inauguraron el período de gobierno en mayo y junio de 1835 se repitieron en ocasiones posteriores, especialmente durante la crisis. Cuando en 1839 Rosas se encontró rodeado de enemigos, acosado por el bloqueo francés, presionado por el descontento de las provincias, preocupado por súbditos rebeldes y viviendo en el temor del asesinato, su maquinaria política entró en acción. Los trabajadores del partido organizaron una orgía de adulación —que alcanzó a las iglesias— para glorificar al dictador, felicitarlo por su obra y aterrorizar a los irresolutos. Se montó un retrato de Rosas sobre un carruaje triunfal, en medio de adornos de flores, y los activistas, sus mujeres e hijos lo arrastraron a lo largo de las desparejas calles de Buenos Aires. Lo seguía un grupo de vocalistas que caminaba lentamente cantando "¡Viva la Confederación! ¡Mueran los Salvajes Unitarios!" Llevaron el retrato en procesión de iglesia a iglesia, en cada una de las cuales lo recibían sacerdotes que desplegaban una devoción normalmente reservada a propósitos más sagrados. Lo llevaban a lo largo de las naves mientras tocaba el órgano, se cantaban himnos y pronunciaban oraciones. Mientras celebraban Misa Mayor, honraban al icono con incienso y se ubicaban en el altar al lado del crucifijo y las imágenes del Salvador. En la Catedral, el obispo en persona oficiaba a veces esas ceremonias; celebraban Misa con el retrato de Rosas y el Santo Misal uno junto a otro, mientras uno de los sacerdotes de la Catedral predicaba simultáneamente lo sagrado y lo profano en un resonante sermón, haciendo oportunas alusiones a las virtudes cívicas del gobernador y a las justificaciones de la causa federal.

*** Del libro *Juan Manuel de Rosas*, publicado por Emecé editores. Buenos Aires, 1984.**